

ciar que habia escogido excelentes profesores! Pero reducido á la mayor indigencia, no ha hecho mas que buscar instrumentos de propagacion á sus planes grandiosos, y comunicar su amor á la juventud y su entusiasmo por el progreso de las ciencias á cierto número de jóvenes que trabajan á par de sus discípulos, y han tenido que estudiar juntamente con ellos los nuevos ramos que han venido á establecerse. Sin embargo, lo que se ha hecho hasta aquí, mui pequeño en sí mismo considerada la perfectibilidad y extension del arte, ha sido mucho, atendida la carencia absoluta en que nos hallábamos de semejantes estudios. Pero calificar con exactitud el valor de nuestros trabajos no nos pertenece á nosotros. Deteniéndonos pues dentro de los límites que nos prescribe nuestro deber, darémos una idea del método que se ha seguido en esta cátedra, esperando con tranquilidad el fallo respetable y decisivo de la opinion.

SEGUNDA PARTE.

Apénas hai uno medianamente versado en la historia de las letras, que no reconozca el método como la piedra de toque en el progreso de la filosofía y de la literatura. Un método extraviado y caprichoso agobia las fuerzas intelectuales y las conduce por fin á un estado peor todavía que la ignorancia; y las antiguas sectas filosóficas, y el flujo y reflujo de las opiniones mas absurdas, y las épocas de decadencia que han sucedido á los mas bellos siglos, no reconocen por ventura una causa mas principal que el extravío de los métodos. Al contrario, cuando estos son exactos, el entendimiento ve prolongarse delante de sí un horizonte indefinido y puro que recorre á pasos de gigante, y que domina con la vista hasta en el último de sus objetos. El método es en las ciencias lo que la mecánica en las artes: multiplica el número de los descubrimientos, y economiza las fatigas del trabajo. Esta verdad, cuya confirmacion se encuentra donde quiera, nos determinó desde el principio á elegir un sistema de enseñanza que produjese los resultados mas importantes en la educacion literaria de la juventud.

La primera innovacion que se hizo en este punto, fué no admitir á la cátedra de elocuencia sino á los jóvenes que

hubiesen estudiado el curso de filosofía, ó cuando ménos las instituciones de lógica y metafísica. "Este es el tiempo en que el juicio de los jóvenes comienza á madurar, en que el estudio de la crítica, con aplicacion á los objetos naturales, modelos acabados de exactitud y correccion, ha empezado á formar aquel tacto fino y delicado en que consiste la esencia del buen gusto: esta es la época en que un genio lozano se apresura á ensayar sus fuerzas en composiciones bizarras, cuyas formas audaces son, á juicio de Quintiliano, pronóstico seguro de la mas alta perfeccion. *Volo se efferat in adolescentente fecunditas, multum inde decoquent anni..... Audeat hac aetas plura, et inventis gaudeat.*"¹ ¿No tiene cierto carácter de ridículo destinar el tiempo de la gramática para el estudio de la Bella Literatura? Qué! unos rudimentos casi mecánicos, unas facultades en extremo torpes, una reflexion todavía no conocida y mucho ménos desarrollada, una carencia absoluta de los principios elementales de la filosofía, ¿serán los requisitos suficientes para penetrar en la parte científica, delicada y bella de los idiomas? No pensaba de esta manera el juicioso Quintiliano, á quien hacian tanta fuerza los abusos ya introducidos en su tiempo, que en una parte de sus instituciones manifiesta que entre la gramática y la retórica deben mediar cierta clase de conocimientos científicos, y en otra reprocha enérgicamente á los maestros de gramática el que traspasando los límites de su oficio, se introduzcan á la retórica.² Si algunos pues entienden que hemos obrado mal, y no por otro principio que el de la innovacion, sepan que no hemos hecho sino escuchar y obedecer una voz mui respetable que se hizo oír en el universo literario mas há de diez y ocho siglos. A tres cosas puede reducirse cuanto se refiere al método que vamos á dar á conocer, que son: la eleccion, la explicacion y la aplicacion del texto. Aunque sobre esta materia se ha escrito tanto y tan bueno, no solo en España, sino tambien en Francia, en Italia y en Inglaterra, que á primera vista ofrece mil embarazos la eleccion de una obra que sirva de texto, no tuvimos que trabajar mucho nosotros, porque el *Arte de hablar*

¹ En estas pocas líneas se contienen las razones principales que autorizan esta innovacion. Esta circunstancia y la satisfaccion que nos causa ver justificadas por la experiencia las ideas de su autor, nos determinó á confirmar las nuestras con este rasgo tomado de la alocucion con que cerró el año escolar de 1835 el Sr. Lic. D. Mariano Rivas, Rector del Seminario.

² Orat. Instit. lib. 1.º, cap. 7.º, y lib. 2.º, cap. 1.º

en prosa y verso, compuesto por D. José Gomez Hermosilla, nos presentaba una ventaja incontestable sobre los otros, y era la integridad de su plan y la filosofía de su método.

No puede negarse que el Dr. Hugo Blair trata muchas cuestiones de una manera bastante filosófica y profunda; pero tampoco debe desconocerse cierta irregularidad en el conjunto, y sobre todo, que esta misma copia de doctrina y esta metafísica sublime alejan mucho del objeto á la juventud para la cual es inconcusamente perdido cuanto no lleva el carácter de elemental. Unas instituciones dirigidas á ofrecer las primeras ideas sobre cierta materia, deben, léjos de agotarla, distribuirla con mucha economía, reduciéndola á los principios mas necesarios, y no salvando en la exposicion de estos ninguna de las ideas intermedias. Lo mismo es recargar la materia que agobiar la memoria, debilitar la energía de las otras facultades y disminuir la fuerza activa de la reflexion; y lo mismo es salvar ideas intermedias que perder la esperanza de ser entendidos. Unos tratados como los de Blair, Bateux, Maury y otros varios, son utilísimos sin duda para los que tienen ya cierta clase de instruccion, mas no para los jóvenes que todavía no están iniciados en la materia.

D. Francisco Sanchez Barbero peca sin duda por el extremo de lo diminuto, y por otra parte no acertó á darnos un sistema filosófico capaz de satisfacer á la razon. Con alguna frecuencia pinta mas bien que define; mas bien declama que instruye; y desdeñando ser lánguido y frío cuando trata de la elocuencia y de la poesía, prefiere de ordinario cierto calor facticio que evapora todo cuanto se dice. No puede atribuirse este defecto al erudito catalan D. Antonio Capmany; ántes bien, conocedor como mui pocos de los escritores de su patria, ha sabido dárnoslos á conocer de una manera que honra tanto sus profundos conocimientos en la lengua castellana, su discernimiento incomparable, su crítica filosófica, su habilidad para entresacar lo bello y de primer orden de entre muchas deformidades, cuanto á una nacion tan digna de figurar en la Europa literaria, como de llevar el pendon en la Europa guerrera. Pero ni la *Filosofía de la elocuencia*, ni el *Teatro de la elocuencia española*, ni ambas obras unidas, daban el lleno á nuestros deseos, puesto que en la primera todo está circunscrito á la oratoria, y en ambas nos quedamos en la misma ignorancia respecto de los principios y tesoros de la poesía.

Gomez Hermosilla comienza por elegir un plan universal, comprendiendo bajo el título de *Arte de hablar* cuanto pue-

de referirse á la expresion de nuestros pensamientos. La metódica exposicion de las verdades de las ciencias, los medios de suplir la falta de los ausentes cuando ardenos en desco de hablar con ellos; los anales, los fastos, las memorias, la historia en fin, este fidelísimo espejo donde se reflejan constantemente los siglos presentes y pasados; la merecida alabanza de tantos claros varones que legaron á la posteridad una vida eminentemente social, ó á la Iglesia un ejemplo vivo de virtud y edificacion; las nobles defensas que ofrecen á la inocencia una egida, ó las acusaciones vehementes que levantan un patíbulo al malvado; y en fin, esos discursos, cuya fuerza poderosa rinde y humilla las pasiones, extiende y perpetúa el reinado de la virtud, trasforma el corazon, y levanta el espíritu á sus destinos inmortales: la poesía, que al influjo soberano de sus melodiosos conciertos, dulcificaba las costumbres feroces de los primeros pueblos; que embellecia las florestas y los bosques para ofrecer un delicioso é inocente recreo á los primeros pastores; que derramaba tantos atractivos sobre el trabajo de los campos, encantando desde la tosca reja hasta la mies dorada; que estrechaba los vínculos sociales, entonando sus himnos á los placeres de la mesa, al vencedor de los juegos olímpicos, al arbolillo, á la copuda encina, al arroyuelo manso, ó al caudaloso rio; en fin, que perpetúa los ecos de universal aclamacion que suceden á los triunfos admirables, para dar hermanos ó descendientes á los capitanes ilustres: en una palabra, los cuadros que nos revela nuestra fantasia, los sentimientos que nos inspiran nuestras pasiones, los designios que nos hace concebir el deseo de ser útiles, y todo cuanto deposita nuestra alma, y todo cuanto profiere nuestra lengua, está comprendido en el plan general de Gomez Hermosilla.

Esta universalidad era ya un título mui justo de preferencia; mas el tratado que nos ocupa tiene ademas una recomendacion de primer orden, y es la exactitud y facilidad de su método. Todo está ligado á una idea demasiado simple, y que fluye naturalmente de las nociones mas comunes de la ideología. Se sabe mui bien que todas las cosas que pueden caer bajo la especulacion, tienen puntos de contacto y puntos de separacion, atributos comunes y cualidades características. ¿Por qué habia de exceptuarse de esta lei el arte de hablar? Cuanto puede referirse á él se llama composicion literaria; y bajo este respecto, todas las comprendidas en este género deben estar sujetas á reglas comunes y reglas particulares. He aquí una division mui natural y mui sencilla. Pero con mas gusto nos sorprende aún el ver en una

sola definicion las claves de todo un tratado. Se define la composicion literaria: "una série de pensamientos presentados bajo ciertas formas, enunciados con ciertas expresiones y distribuidos en cierto número de cláusulas." Desde aquí el autor nos permite registrar de una ojeada todo su plan, puesto que ya comprendemos que las reglas comunes á toda composicion literaria se distribuyen filosóficamente en cuatro partes principales: los pensamientos, sus formas, las expresiones y las cláusulas. Es imposible que se omita nada desde que ha podido hacerse tal anuncio, ni que una particion tan exacta deje lugar al menor hueco. Aquí todo está deducido de la naturaleza misma de las ideas, todo fundado en el orden metafísico, y todo correspondiente á la evidencia de razon. ¿Cuándo acabaríamos, si pretendiésemos seguir el progreso analítico en la calificación de esta obra excelente! Basta decir que el autor muy pocas veces abandona esta filosofía, incomparablemente más útil que una crítica declamatoria donde se alaba ó vitupera con estudiadas frases, mas por desgracia sin llegar á descubrir sino muy accidentalmente un fundamento sólido que sostenga la crítica.

No ignoramos que el *Arte de hablar* tiene defectos; que Gomez Hermosilla ejerce mas bien la diatriba que el criterio tratándose de ciertos escritores: que Balbuena y Lope merecian algun mas miramiento, á lo ménos el de que presentase algo de lo bueno que tienen, á un lado de los pasajes que se les censuran; que algunas veces es oscuro, superficial otras, tal cual inexacto, y acaso tambien erróneo. Mas por fortuna esto no impide que la balanza se incline á su favor, y que al tiempo de exponerle se suplan todos estos defectos y se enmienden todas estas imperfecciones. Este es un deber que nos hemos impuesto sin perdonar medio alguno para llenarle.

La suma claridad con que el autor procede en todo el curso de la obra, claridad cuyo principio está en el orden natural y progresivo de las ideas, nos ahorra ciertamente la tarea de aquellas explicaciones que se dirigen á ilustrar el verdadero sentido del texto; pero esto no impide que se aumenten extraordinariamente los trabajos, por la naturaleza misma de esta clase de enseñanza. Es imposible que unas instituciones elementales basten á formar el buen gusto, si no van auxiliadas de una multitud de recursos absolutamente necesarios para el objeto. El buen gusto, señores, no consiste ni en la posesion de las teorías del arte, ni en el uso indiscreto de los autores; puesto que lo primero produciria cuando mucho un razonador frio, y lo segundo no seria

capaz de proporcionar sino un tacto grosero y en extremo falible.

Se ha dicho que un institutista debe dar mas á los ejemplos que á los preceptos, y criticado con mucha acrimonia el *Arte de hablar*, por el corto número de ejemplos que propone; y nosotros mismos hemos tenido ocasion de notar en otra parte que sin estos, constantemente repetidos y bien analizados, la instruccion es vana y el buen gusto no puede formarse; mas nunca hemos pensado que este aumento de ejemplos sea una obligacion del institutista, á quien basta uno solo para darse á entender, sino del profesor, que debe suplirlo todo multiplicando los medios de radicar profundamente en el espíritu de los alumnos todas las teorías del arte. Un corto número de principios deducidos de la naturaleza de las cosas, desenvueltos con método y exactitud, y aplicados de continuo en la crítica literaria; he aquí lo único en nuestro concepto que puede ilustrar el raciocinio, rectificar la imaginacion, y limar, por explicarnos así, la sensibilidad, á fin de habilitarnos del todo para distinguir y graduar las bellezas, para conocer y censurar las imperfecciones. Un ejercicio constante y esmerado hará que acompañemos con tal frecuencia á los escritores, y nos iniciemos de tal modo en su verdadero mérito, que á fuerza de reconocer á cada paso el origen de sus extravíos y el principio de su elevacion, nos encumbremos como ellos, sin extraviarnos; ó ya que la naturaleza nos haya rehusado tan felices dotes, tengamos á lo ménos aquel hábito finísimo, hijo del discernimiento, que califica y gusta sin engañarse.

He aquí el punto de vista que tenemos siempre delante para conducir á la juventud por el mas ameno de todos los estudios. Que aquellos alumnos á quienes la naturaleza haya concedido talentos y genio, sigan de continuo las huellas de los mejores maestros; y si no están destinados á ilustrar la literatura con la elocuencia ó con la poesía, desempeñen con dignidad sus destinos; y bien se consagren al foro, bien al ministerio eclesiástico, siquiera piensen con orden, hablen con exactitud, y escriban con elegancia y correccion.

A fin de obtener unos resultados tan preciosos generalizando la utilidad del establecimiento, ha sido necesario ejercitar de continuo las reglas del arte en el análisis literario de los autores. ¿Mas cómo sostener la atencion de los jóvenes sin aquella variedad que á las composiciones comunican las diferencias notables del carácter, del estilo, y el objeto particular, el tono y demas cualidades del escritor? Hai

cierta especie de necesidad, cuando se trata de sostener agradablemente los trabajos del espíritu, de huir cuanto sea posible de la monotonía aun en aquellas cosas que pueden llamarse perfectas. He aquí la razón porque no quisimos limitarnos á la lectura de ciertos pasajes aislados que suelen servir de ejemplos en esta clase de enseñanza. Se avanzaría sin duda poco, si abandonándose los profesores á multiplicar el número de antítesis, concesiones, epifonemas, apóstrofes, hipérbolos, alegorías, dialogismos, perifrasis, expresiones bien usadas, bien cortados periodos y pensamientos bien escogidos, se desentendiesen de buscar aquella variedad amena y en extremo satisfactoria con que brinda un plan rico y fecundo donde se hermanan y compiten la variedad, la sencillez y la armonía.

¿No gustamos en efecto con cierta especie de trasporte de admirar aquella fisonomía particular que tiene cada siglo en la índole peculiar de sus escritores, en la grandeza ó decadencia de ciertas épocas literarias y en las relaciones íntimas y maravillosas que existen entre el idioma y el genio en cada una de las edades! La noble y elegante sencillez de los escritores griegos, la facultad y vehemente progresión que descubren los poetas y oradores latinos, el nuevo rumbo que la imaginación, el talento y la sensibilidad, protegidos por el cristianismo han tomado en las edades modernas, esa especie de universalidad con que nos sorprende la literatura francesa en el siglo de Luis el Grande, y las mismas vicisitudes á que ha estado sujeta la literatura española, donde tan pronto vemos anunciarse una era notable en la historia general del espíritu humano, como eclipsarse la brillante gloria que derraman sobre su patria los mas grandes ingenios: todo esto, repito, ¿no es un pábulo continuo al ardor de saber, y un aliciente poderoso para el talento sublime, y una mina fecundísima para el que no debe á la naturaleza singulares prerogativas en la distribución de sus dotes!

Estas reflexiones muy naturales bastan para librarnos de una manía que por otra parte no deja de ser común, la de inclinarse á una literatura con exclusión absoluta y aun menosprecio de las otras. ¡Ojalá, al paso que se dilatan nuestros deseos de abarcar la literatura antigua y moderna, viéramos desaparecer los tropiezos que á cada paso y con demasiada frecuencia nos detienen! Mas ya que no nos es dado ni aun aspirar á tan abundante fruto, procuramos por lo ménos acercarnos todo lo posible á estas ideas. Así es que hemos procurado conocer y dar á conocer á Demóstenes en la traducción francesa de Auger, á Cicerón, Salustio,

Virgilio, Horacio, &c., en el original y en las mejores versiones tanto francesas como españolas que poseemos; á Bossuet, Flechier y Beauvais en las oraciones fúnebres, á Massillon, Bourdaloue, Fenelon, &c., en los sermones morales; á Maury en los panegíricos, á Buffon y Jovellanos en los discursos académicos, á Vargas Ponce, Viera y Clavijo y otros prosistas de igual mérito. En la poesía lírica no hemos salido de la España, sino es para ver hasta dónde se han acercado los Navarretes á los Melendez, los Tagles á los Leones, los Heredias á los Quintanas, y los Pesados á los Herreras. Tal vez algunos extrañarán que no hayamos querido salvar los Pirineos para admirar la inspiración sublime de Corneille y de Racine, la melodiosa lira de Juan B. Rousseau, la musa del Homero francés, el severo número de Boileau, los patrióticos raptos de Delavigne y las meditaciones dulces y melancólicas, y las armonías admirables y encantadoras de Lamartine. Tal vez se nos tachará de mucha rudeza por no vernos ni una sola vez en la fecunda y gloriosa patria del Tasso, del Petrarca, del Ariosto y de Metastasio, en la cuna de Klopstock, de Goëtte, y de Gerner, ó á las orillas del Támesis escuchando los ecos monótonos de Young, los turbulentos cantos de Sackespeare ó el desesperado acento de Lord Byron. Pero reflexíense que apenas hemos dado los primeros pasos en esta indefinida carrera, y que nunca debería perdonársenos el enorme delito literario de abandonar á los poetas españoles sin conocerlos, para buscar en otra parte los tesoros inagotables con que brindan á manos llenas al hombre de buen gusto. ¿Y dónde mejor que en la lengua castellana deberíamos buscar las galas y primores de una locución verdaderamente poética? No ya faltándonos el conocimiento profundo de los idiomas modernos, pero aun cuando lo tuviésemos, siempre deberíamos comenzar por el estudio y análisis de los poetas castellanos. ¿Y no habrá cierta especie de crueldad en reprocharnos que de tiempo en tiempo analicemos con gusto las composiciones de nuestros mexicanos? Ciertamente es que no podemos figurar en el viejo teatro de la Europa; pero no lo es ménos, que debemos observar continuamente la perfección ó imperfección de nuestros propios trabajos, y hasta qué punto hemos adelantado en una carrera del todo nueva para nosotros. Pero sea de esto lo que fuere, debemos al público la verdad, y para cumplir en un todo con este religioso deber, estamos en el caso de manifestar francamente los autores que se han escogido. Si la elección ha sido buena, la aprobación que de ella se haga basta para recompensar muestras

tareas; si no lo ha sido, contamos con la docilidad suficiente para someternos con gusto á las correcciones de una crítica racional y decorosa.

El órden de procedimientos que ofrece á la razon el método analítico para que adquiera el perfecto conocimiento de las cosas, basta para dar una idea del sistema que observamos en la crítica literaria, ó de otro modo, en la práctica y aplicacion de las reglas del arte. Comenzando por lo mas compuesto, se examina el género, la clase y especie en donde se comprende la composicion: si es en prosa ó en verso; en el primer caso, si pertenece á la oratoria sagrada ó á la profana; si á la historia verdadera ó ficticia; si á la clase didáctica ó al género epistolar. En el segundo, si la poesía es directa, dramática ó mixta; si pertenece á la oda sagrada ó á la heroica; y para no entrar en pormenores, si debe referirse al género lírico, didáctico, descriptivo, á la comedia ó á la tragedia, á la sencillez y naturalidad pastoril, ó á la elevacion y sublimidad épica.

Cada uno de estos ramos se halla sujeto á principios fijos en cuya fiel observancia está vinculada la perfeccion de las obras. La buena calificacion depende del conocimiento de estos principios, y al tiempo de aplicarlos se ve si están bien observados, no solamente en los caracteres distintivos, sino tambien en las cualidades comunes á todas las composiciones literarias.

No basta pues hacer un análisis genérico que se refiera á toda la pieza; es necesario descender á los pormenores, analizando igualmente el pensamiento y su expresion, y considerando cada cláusula como un pequeño todo sujeto igualmente á reglas determinadas. Esta nimia exactitud en el examen de los pormenores, como la que se habia observado para caracterizar toda la pieza, nos conduce á descubrir los atributos mas notables del estilo, el mérito del lenguaje y el tono de la composicion. No es extraño, por lo mismo, que despues de aplicar las reglas características, prescindamos de ellas, por decirlo así, ó nos limitemos por medio de la abstraccion á las reglas generales que deben observarse en todas las producciones del espíritu; es decir, á los pensamientos y sus formas, á las expresiones y á las cláusulas.

Tal es, señores, el sistema que hemos adoptado para ejercitar á nuestros alumnos en el uso de la palabra. Si no es el mejor, los resultados han sido felices. Vosotros los habéis visto, y no con una mirada indiferente, sino con aquella satisfaccion íntima que tan dulcemente nos ha recompensado. Esta circunstancia me excusa de entrar en pormeno-

res tratándose de manifestar los frutos que hemos recogido, pues una reseña general basta para despertar en vuestras almas los dulces sentimientos que os ha inspirado, con motivo de las funciones públicas de literatura, el ardiente amor que tenéis á la juventud.

Grandes y penosos fueron por cierto los trabajos que impendimos, y muchos los inconvenientes que fué necesario vencer, para sistemar esta cátedra en el Seminario. Abrir una nueva carrera en cualquiera género, aun cuando se cuenta con todos los elementos precisos, envuelve dificultades de tal naturaleza, que no pocas veces obligan á renunciar á la empresa y á abandonar la carga: porque si la prevision atesora cuanto juzga podrá necesitar en el curso de las tareas, no conseguirá nunca suplir con la misma oportunidad las ventajas del hábito, las lecciones de la experiencia y aquellos medios que multiplica el solo hecho de hallarse ya una cátedra establecida. ¿Qué será pues, cuando no se cuenta ni aun con los materiales que independientemente del ejercicio pueden reunirse? Tal era nuestra situacion cuando abrimos la cátedra de elocuencia. Si exceptuamos el talento y aplicacion de los alumnos, todo lo demas nos faltaba. Lo primero que supone el estudio de la elocuencia es un cabal conocimiento del idioma que se habla; mas como entre las cátedras establecidas por las constituciones del colegio no tuvo lugar una de lengua castellana, faltaban, como es de suponerse, á los cursantes de literatura estos elementos indispensables, y que no pueden suplirse de viva voz, sino en una parte muy pequeña y siempre con mil dificultades. ¿Qué candal tan precioso de pensamientos bellos, grandes y sublimes, de rasgos llenos de ternura y sensibilidad, de finas y elegantes locuciones y de cuanto mas se admira en la literatura, no pueden atesorar, para cuando lleguen á estudiarla, aquellos que han aplicado las reglas de la gramática en el análisis y traduccion de los poetas y oradores latinos? Pero en vano se habian leído en las cátedras de este idioma las elegantes narraciones de Cornelio, los retratos inimitables y las bellas descripciones de Salustio, los elocuentes discursos de Ciceron, las eminentes poesías de Virgilio y de Horacio; porque limitándose á lo puramente gramatical, miéntras recargaban su memoria con reglas innecesarias, dejaban correr en la inercia de su imaginacion aquella época de la vida la mas á propósito para fomentar y dirigir su impaciente actividad.

¿Para qué, señores, fatigar mas vuestra atencion con pinturas desagradables? Ya lo he dicho: todo nos faltaba, mé-

nos el talento y aplicacion de los alumnos: fué necesario crearlo todo, y ¡ojalá hubiéramos contado siquiera con aquel estímulo general y eficazísimo que la opinion pública comunica á las grandes empresas, cuando léjos de mirarlas con desprecio, reconoce toda su importancia!

Sin embargo, esta opinion comenzó á uniformarse á favor del establecimiento, desde que se presentaron las primeras funciones públicas. ¡Qué mas se necesitaba para encender con la noble emulacion el entusiasmo de la juventud seminarista! ¡Qué mas, para sostener la constancia de aquel á quien se habia confiado su enseñanza! Podria decirse que la opinion pública dejó de favorecernos un instante, para darnos á entender, al tiempo de franqueárenos toda, el influjo poderoso que ejerce en la prosperidad y en la gloria de los pueblos.

Omito recorrer aquí la serie de composiciones que sucesivamente se han presentado en cada uno de los actos de literatura, porque ninguno de los que me escuchan las ignora. Tampoco es mi ánimo caracterizar aquí el mérito relativo de cada jóven, porque semejante empresa envuelve dificultades que no he podido nunca superar. ¡No es cierto que en los talentos hai tantas diferencias como en las fisonomías! Si á favor de un entendimiento analítico saben apreciar algunos hasta los caracteres mas accidentales de las composiciones literarias; dotados otros en alto grado de las cualidades del corazon, sienten con tan extrema fidelidad, que pueden recibirse sus impresiones como juicios exactos: estos cuentan con una imaginacion tan exquisita, que los introduce con demasiada frecuencia hasta los misterios del ingenio; aquellos, dueños absolutos de su atencion, para fijarla y conducirla á su placer, todo lo conocen con presteza y todo lo califican con exactitud. ¡Y cuántas diferencias no introduce tambien la diversidad que se nota en los ramos á que cada uno se inclina! Entre las várias obras que se someten á la crítica, unos prefieren las que hablan exclusivamente á la razon, otros siguen los movimientos poderosos de la elocuencia; quienes sobreponen á todo un excelente poema; quienes un drama sentimental; quienes, en fin, los diferentes tonos de la lira. Esta inclinacion tan vária va, por explicarnos así, amoldando el espíritu de una manera singular y característica; nuevo y poderoso inconveniente para hacer una comparacion acertada y una calificacion justa. Abandono pues con mucho gusto tan agradable entretenimiento á los que tengan bien conocidos los talentos y el carácter de los jóvenes que me ocupan, y puedan hacerse

cargo de tantos pormenores é incidencias como deben entrar en el cómputo para resolver con exactitud un problema tan difícil.

Es una fortuna para mí luchar con este feliz inconveniente, puesto que me proporciona el mismo la incomparable ventaja de exaltar igualmente el mérito de todos. Cuando ninguno de ellos ha recibido preferencia ninguna en mi corazon, porque á todos los amo con igual ternura y en todos tengo mil cualidades preciosas que admirar, es muy grato para mí alegar aquí, señores, á vuestra vista, los títulos que tienen todos ellos á vuestra estimacion.

Pero, ¿qué podrémos deciros en que no nos precedan ya vuestras propias reflexiones! Testigos oculares de todas las funciones públicas, habéis sabido graduar todos los adelantos y señalar con exactitud el espacio que hemos recorrido y el que nos resta que andar en tan brillante y dilatada carrera. No debemos por lo mismo detenernos en la manifestacion de los resultados: no dirémos que en todos los actos literarios se sujetaron al exámen todos los principios del arte de hablar; que se ventilaban en las réplicas todas las cuestiones mas exquisitas que ofrece tan dilatada materia; que se recorrieron los atributos principales del estilo; que fueron expuestas, como la estrechez del tiempo lo permitia, las cualidades de los pensamientos, las reglas importantísimas que se refieren á sus formas y á su expresion; que sucesivamente se iban indicando, ya las mas útiles indagaciones sobre el origen, importancia y reglas del lenguaje figurado, ya la construccion y repartimiento de las cláusulas, para reunir en el mas alto punto la claridad, la unidad y la energía. No nos detendrémos haciendo mérito aquí de todos los géneros de composiciones que se tocaron tanto en prosa como en verso, de un análisis escrupuloso y sobre manera grato, de algunas observaciones críticas, de los paralelos exactos, de los juicios comparativos; ni ménos todavía de los ensayos de accion oratoria con que solia confirmarse la exposicion de su teoría.

Permitidnos solo recordaros el entusiasmo con que recibisteis los excelentes trozos de tantos recomendables oradores, de tantos poetas consumados, de tantos escritores insignes. ¡Qué placer para todos, ver presentarse como por encanto los primeros luminaires de la Grecia y de Roma, los ingenios esclarecidos que adornaron el mas bello siglo de la Francia, los escritores que vió florecer el reinado de Carlos III, y esa generacion de cisnes que han encantado mil veces las fértiles campiñas de la Iberia!

¿Y cuál debía ser el inmediato efecto de impresiones tan nuevas y deliciosas! Estimulada la juventud por el doble y eficaz aliciente de la amenidad hasta entónces gustada, y de la sincera aprobacion que ha recibido constantemente de vosotros, no puede ya, sin violentar las inclinaciones mas fuertes y mas dulces, abandonar tan provechosas y delicadas lecturas. Para formarse una idea no ménos de sus adelantos que de las esperanzas con que nos brindan, basta sorprenderlos á cada paso en el silencio de su estudio, oírlos hacer la crítica de los autores clásicos y buscar el mérito de los libros que manejan en el gran registro de la historia literaria. Escritores ántes desconocidos, son hoy familiares; y es muy digno de notarse que no pocas veces nos dejan traslucir estos sus pensamientos en los ensayos de nuestra juventud.

He aquí los resultados inmediatos de que somos deudores al establecimiento de esta cátedra. Si de aquí nos trasladamos á un porvenir que no está muy léjos, ¿cuáles prometen estos jóvenes iniciados ya en los pensamientos de los grandes maestros! No lo dirémos nosotros, que por ventura seríamos reprendidos de parcialidad; decíldo vosotros los que habéis presenciado sus funciones públicas; vosotros los que habéis derramado sobre ellos vuestras alabanzas y premiado con vuestro entusiasmo sus nobles afanes; vosotros los que abriendo las páginas de la historia, sabéis por dónde han comenzado los bellos siglos de la literatura; vosotros, finalmente, los que mas en contacto con lo que pasa en este plantel de educacion, habéis visto cundir el interes hácia tan bellos estudios por todas las clases del colegio.

¿Pero qué otra cosa debíamos prometernos de un establecimiento el mas adecuado para proteger el desarrollo de las facultades mas preciosas, dirigir el impetuoso vuelo de una impaciente imaginacion, y derramar innumerables atractivos sobre los tesoros de las ciencias! Vosotros, señores, lo habéis visto. Nadie queda sin parte en un reservatorio tan amplio. El que pueda lisonjearse de un genio superior, es capaz de subir, mediante los principios, al rango supremo de los primeros escritores. El que se halla constituido en una completa mediocridad, podrá ordenar sus ideas, rectificar su método, sistemar sus conocimientos, adquirir un gusto bien formado, escribir con regularidad, pureza y elegancia; ó por lo ménos, sostener una conversacion animada, y juzgar exactamente de la perfeccion ó imperfeccion de las cosas. Conocéis, no solo por el concurso de autoridades tan respetables como las de Ciceron, Quintiliano, San Juan Crisóstomo, Guillon y tantos otros, mas tambien por vuestras propias ob-

servaciones, que la elocuencia y la poesía han sido y deben ser constantemente por su objeto acreedoras al reconocimiento de todo el género humano; y que si han existido en todas épocas hombres bastante corrompidos para hacerlas degenerar, el abuso bien léjos de ser un argumento contra el uso recto de las cosas, es un vehemente y poderoso estímulo para no abandonarlas un instante. El foro y la tribuna piden el idioma del convencimiento, y á pesar del tono calmado que caracteriza la elocuencia moderna, no excluyen la pureza de la diction, la variedad de los giros, la energía de los pensamientos y la elegancia del estilo. ¿Porqué pues habia de carecer nuestro Seminario de una enseñanza la mas conforme al importante y grandioso objeto de su institucion! Qué! todas las ciencias tienen defensores y partidarios, ¿y habia de carecer la religion cristiana de apologistas y oradores! ¿No es muy digna de llevarse la atencion de nuestro espíritu y obtener el resultado de nuestros mas preciosos estudios! ¿Los incrédulos, por ventura, habian de monopolizar las gracias y los encantos del estilo, para dejarnos á nosotros las impotentes armas de una seca y árida discusion!

¿Cómo pues no aplaudir el empeño laborioso de comunicar á nuestros alumnos el doble talento de la ciencia y de la palabra; de la ciencia con que se elevan á las profundas y útiles verdades de la moral y de la naturaleza; y el de la palabra con que pueden extender y propagar estos inestimables tesoros para rectificar el corazon y mejorar la suerte de los hombres! Vosotros nos habéis dado con vuestra aprobacion y vuestro entusiasmo la opinion mas alta de vuestra sabiduría. He aquí la recompensa mas preciosa para nosotros: he aquí la corona feliz de nuestros trabajos. Proteged pues un establecimiento que nunca os pierde de vista: apoyadle con vuestra opinion: no permitáis que un golpe siniestro acabe de una vez con tantas esperanzas. El tiempo vuela, el periodo de la vida es un instante fugitivo; mas por fortuna está de vuestra parte el hacerle perdurable. Dueños seréis de la inmortalidad con solo ilustrar el siglo á que pertenecéis, con solo allanar el sendero de la ilustracion y de la cultura.

Y vosotros ¡oh jóvenes! dulces primicias de tantos afanes, objeto de nuestros cuidados, fundamento de las futuras glorias que prometemos á la patria, gozad enhorabuena de la recompensa magnífica que os han merecido vuestras tareas; levantad vuestra frente hasta los cielos; haced que nazca entre nosotros un siglo muy grato para la moral y las letras:

pero no olvidéis nunca ni esta casa ni esta época; y allá en tiempos mas remotos, cuando vuestras almas, poseedoras de riquezas inagotables, sean un manantial perenne de conocimientos y de virtudes; cuando la historia se anime constantemente delante de vosotros á fin de multiplicar los dechados de vuestra imitacion; cuando mas intimamente unidos con los grandes genios que han ilustrado los pueblos, seais dueños de levantaros hasta la altura de sus pensamientos; cuando las musas que os inspiren, habiten nuestras campiñas; cuando despleguéis en el santuario todo el zelo apostólico; cuando reprimáis el orgullo de la necia incredulidad; proclaméis en la tribuna las verdades en que se funda la prosperidad pública, ó sostengáis en el foro la causa de la inocencia: entónces, que vuestra elevacion no os impida volver una mirada sobre estos techos: animad en vuestra imaginacion la escena que hoi tenéis á la vista; y arrebatados de veneracion y gratitud, ofreced á vuestros mayores el único homenaje digno de su memoria, el de vuestros conocimientos, vuestra elocuencia y vuestras virtudes.



DISERTACION

SOBRE

LA ELOCUENCIA RELIGIOSA,

CONSIDERADA

BAJO EL DOBLE ASPECTO

DE LA

RELIGION Y LA LITERATURA.